

AGONÍA

Córdoba, 17 de Septiembre de 2020

Para mi papá, José Luis Martínez:

Querido viejo mío, creo que esto va a ser lo último que recibirás de mí, tu único hijo, Matías Martínez. Quiero que sepas que ante todo, te amo y extraño muchísimo, a vos y a mamá también; aunque cada tanto la veo en el departamento y hablamos. Ella me pregunta sobre vos y por la facultad pero no le puedo confesar todavía que dejé de asistir a las clases virtuales desde Junio.

Me acuerdo lo emocionado que estaba cuando llegué a Córdoba en febrero para rendir el cursillo de ingeniería, tantas formulas y cálculos que llevaba puestos en la mente que parecían competir con los que tengo del sur, de casa y la familia. No conocía nada ni a nadie, solo hablaba con la psicóloga que ustedes me dijeron pero ya habiendo comenzado el ingreso me hice de varias amistades muy buenas y divertidas, tan así que pasé febrero y principios de marzo fuera del departamento.

Ya en Marzo tendría que haber vuelto con ustedes, ya sabía yo como se venía la cosa por todos los noticieros que hablaban del virus, las cuarentenas y lo potencialmente peligroso que es. Ojalá me puedas perdonar vos y mucho más mamá por no haber tomado un vuelo de regreso a Ushuaia, tenía y tengo tanto miedo por todo que no puede tener el valor suficiente como para salir de este sombrío departamento. Desde que se declaró el estado de alerta sanitario el veinte de marzo, no he podido dejar de ver las noticias e indignarme con lo mortal que el coronavirus es. Unos días antes aproveché para abastecerme con comida y productos de limpieza, compré todo el alcohol que puede ya que los muchachos del noticiero doce lo aconsejaban, para salir me ponía bolsas en las zapatillas, guantes descartables, una cofia, barbijo y unas gafas de científico ya que debía de cuidar las vías por donde el corona puede ingresar. Todo lo que fuese fuera del departamento lo hacía rápido y tomando medidas rigurosas para mi salud, me mantuve en aislamiento completo por dos meses.

Los días pasaban muy lentos, me mantenía al pendiente por el mediodía y la tarde del noticiero ya que por la mañana asistía a las clases virtuales. Poco me entretenían los libros o la televisión como antes solían hacerlo, solamente pensaba en el virus y ustedes. Los controles en esta ciudad fueron muy estrictos, nadie pisaba la calle, era una ciudad desértica durante el día y una ciudad fantasma durante la noche. Lo que pasaba en China, Italia, España y demás países me aterraba muchísimo con lo que pudiese suceder aquí pero por suerte el gobierno tomo medidas para cuidarnos a todos.

La ansiedad por salir de este departamento tan solitario me consumía cada vez más, la psicóloga me aconsejó distraerme leyendo o hablando con mis compañeros de la facultad pero jera imposible!, no podía siquiera hablar con el vecino cuando él se sentaba a unos metros de diferencia en el balcón mientras yo regaba los helechos que mamá me había regalado, me daba un pánico irracional que me obligaba a ingresar rápidamente y correr hacia la ducha. Mis medicamentos para la esquizofrenia se acababan poco a poco y el miedo a salir a comprarlos en alguna farmacia me hacía preferir quedarme viendo tele o intentar levantar las notas de los

trabajos prácticos, me sentía un tarado por no estar a la altura de las exigencias universitarias. Hora tras hora me preguntaba a mí mismo ¿Tan irresponsable puedes ser con la carrera cuando tus padres te pagan el departamento, el estudio y demás? Y tras esas preguntas escuchaba una voz a lo lejos que las respondía por mí, era la voz de un hombre y me aterraba no sé por qué. Él contestaba “Es tan cobarde que no se anima a salir, a respirar el aire fresco que inunda a Córdoba los meses de junio” y esa respuesta la oía todo el día, a cada rato, ese algo me estaba insistiendo para salir y no podía aguantarlo, necesitaba acallar su voz.

Finalmente, fue en la madrugada de un día martes, cuando rompí el aislamiento y empecé a correr por el parque Sarmiento. No recuerdo como llegué allí pero sí la sensación de libertad que tenía, caminé por una hora o dos hasta que me di cuenta de que habían dos hombres vestidos de negro que me perseguían. Comencé a temblar y sudar, corrí todo lo que pude hasta llegar al departamento de Nueva Córdoba donde cerré la puerta con llave y me escondí en el baño por el resto del día.

Tras el suceso no volví a salir de manera clandestina pero los hombres vestidos de negro me seguían cada vez que salía a comprar algo a unas dos o tres cuadras, también me vigilaban por la noche cuando me asomaba al balcón. Estaba prisionero del virus y siendo vigilados por esos dos agentes que, yo sospecho, eran del COE y sabían que no había cumplido con todas las medidas, ellos sabían que yo escapé clandestinamente al parque sin barbijo, alcohol, cofia ni lentes, ellos lo sabían. La psicóloga negó su existencia pero yo los veía todos los días, ella decía que era a causa de mi paranoia por no tomar los medicamentos. Me preguntó por la facultad pero ya hacía tiempo que dejé de asistir, me interrogó por el mes en que estábamos, respondí Junio pero ella me dijo que ya estábamos a mediados de Julio. Comencé a transpirar, quería llorar pero no podía, algo me mantenía callado y quieto en mi asiento en frente de la cámara que conectaba mi imagen en la computadora de la doctora; ella me hablaba pero no le podía responder, veía por el reflejo de la pantalla que un hombre de negro estaba asomado en el balcón indicándome que me quedara callado. Después de eso dejé de asistir a las consultas virtuales, la doctora no entendía y tampoco le importaba el miedo que yo sentía hacia esos hombres, había veces por la noche en las que me despertaban y los veía merodear por el departamento. Yo salía corriendo al baño y no volvía a salir hasta el otro día cuando la luz iluminaba las calles de esta ciudad.

Los sucesos se repitieron hasta que me acostumbré, venían seguido a verme y hablaban entre ellos mirándome. Me preguntaban cosas o tiraban comentarios sobre el desastre andante que era y que como vos papá te avergonzarías si supieras lo que realmente hacía de mi vida. Ahora lamento un montón haberte mentado a vos y a mamá al decirles que me iba bien en los estudios, que me había recuperado de la enfermedad y que me sentía a gusto con mi vida en Córdoba. Dije todo eso por miedo al virus y a los muchachos del COE que me vigilaban siempre.

Agosto fue el peor mes, cada vez que veía a tanta gente en la calle incumpliendo o haciendo una marcha me agarraba un ataque de ira incontrolable ¿Acaso no entendían lo peligroso que es el virus? ¿Lo mortal que podía ser el colapso del sistema? Toda esta bronca que acumulé por tanto tiempo se disolvió cuando me llamaste para decirme que mamá murió de su cáncer de mama porque como no tenía coronavirus no la atendieron ni recibió su tratamiento

oncológico. En ese momento de llanto agudo y constante entendí que el virus no era tan grave como los noticieros decían, como los hombres de COE me amenazaban. Comprendí que no había quien nos cuidase a todos, que al gobierno realmente no le importábamos ni yo ni mamá. La semana siguiente a eso entró mamá a mi departamento, su pelo rubio estaba largo como cuando yo tenía diez años, llevaba el vestido floreado que a vos tanto te gusta, me abrazaba y hablaba todo el tiempo así como también me expresaba su preocupación por todo el peso que había perdido durante la cuarentena. No fue mi intención enfermarme, no tenía hambre, vivía con miedo a un virus que nadie sabe si existe, deje la medicación por miedo y perdí mi vida también por ello.

Mamá me habla de vos siempre, me cuenta un montón de cosas que no me acordaba de Ushuaia, me pide que te llame todos los días para ver cómo estás y lo hago aunque no me respondas siempre. Los hombres de negro están enojados conmigo y con ella por no respetar la cuarentena y salir de vez en cuando a caminar solo por las calles. Me siento muy agotado y débil, temo por no soportar la idea de subir a la terraza e ir con mamá al cielo, con Dios.

Espero que me entiendas y sepas, ante todo, que te amo con todo mi corazón y alma papá. Hubiese deseado ser mejor de lo que soy y hacerte sentir orgulloso del hijo que tenes.

Te amo mucho.

Con cariño y afecto, Matías Luis Martínez.

Firma: Solana Gimena